

EL LIBRO OFICIAL DE HBO® MINISERIES

THE PACIFICSM

EL INFIERNO ESTABA A SÓLO UN OCÉANO



HUGH AMBROSE

El historiador Hugh Ambrose ahonda en la experiencia de la miniserie televisiva «The Pacific», y desvela las odiseas entrelazadas de cuatro marines y un piloto de portaaviones de la Armada. Sidney C. Philips, un tranquilo adolescente de Alabama, se alista con un colega en la Marina. «Manila» John Basilone, hijo de inmigrantes italianos, encuentra la felicidad en la vida azarosa de los marines. Eugene B. Sledge observa cómo su mejor amigo y su hermano se van a la guerra, y termina por rebelarse contra sus padres para poder acompañarlos. «Shifty» Shofner es el vástago de una destacada familia con una longeva trayectoria en la carrera militar. El alférez Vernon «Mike» Micheel abandona la granja familiar para poder terminar el instituto. Estos cinco hombres libraron muchas de las batallas claves de la guerra en el Pacífico entre la retirada estadounidense de China, acaecida en 1941, y el momento del aterrizaje de MacArthur en suelo japonés, ya en agosto de 1945. En estas páginas, Hugh Ambrose se centra en las experiencias reales de estos combatientes y las de sus compañeros de armas con el propósito de ampliar y realzar todo lo narrado en la miniserie de televisión. Esta obra nos ofrece una perspectiva histórica única sobre la contienda entre Estados Unidos y Japón, desde la debacle de Bataán al milagro de Midway, del torbellino despiadado de Guadalcanal a las negras arenas de Iwo Jima y los campos de la muerte de Okinawa, y por último el triunfal pero inquietante regreso a casa, al haber cubierto cerca de cuatro años de combates con un acceso sin precedentes a archivos militares, cartas, diarios, memorias, fotografías y entrevistas. Éstas son las verdaderas historias de hombres que se jugaron la vida en primera línea por su país, que se vieron enviados al otro lado del mundo para enfrentarse a un enemigo que prefería el suicidio a la rendición, hombres que sufrieron las privaciones y la humillación

en campos de prisioneros de guerra, hombres que presenciaron bajas tanto civiles como militares. Pagaron un precio espeluznante por sus medallas, y todos ellos lo pagaron de veras.

Índice de contenido

Cubierta

The Pacific

Agradecimientos

INTRODUCCIÓN

Los protagonistas

Acto I: Castillo de naipes

Acto II: Empatados y listos para la batalla

Acto III: Una pausa revitalizadora

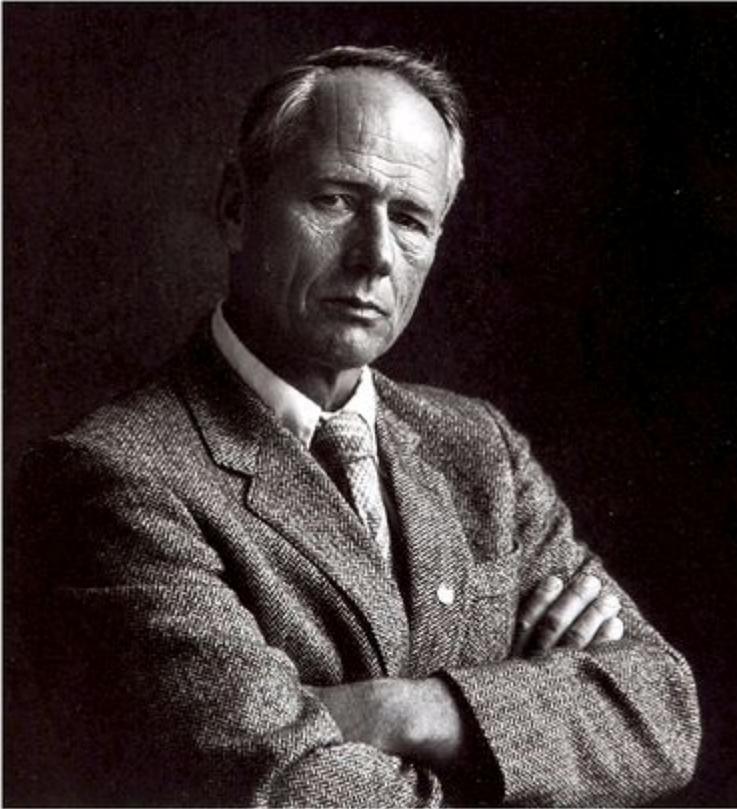
Acto IV: Navegar en la niebla

Acto V: Legados

Imágenes

Sobre el autor

Notas



Stephen E. Ambrose
In memoriam
1936-2002

*Papá,
tuve la suerte de ser tu hijo
y estoy orgulloso de haber sido tu compañero*



AGRADECIMIENTOS

LA HISTORIA DE CÓMO LLEGUÉ a escribir este libro comienza cuando mi padre, el historiador Steve Ambrose, me llamó en 1992, mientras yo estaba enfrascado con los trabajos finales del Máster de Historia Norteamericana, para preguntarme si podía hacer «algo de investigación» para él, añadiendo las palabras mágicas: «Te pagaré». A lo largo de aquella tarea, destinada a un libro titulado *Undaunted Courage*, nos sorprendió gratamente descubrir que disfrutábamos mucho trabajando juntos. Conforme pasaban los años y crecía el número y la variedad de los proyectos, mi progenitor, generosamente, fue dejándome cada vez más espacio como investigador contratado, agente y recaudador de fondos para organizaciones no gubernamentales. Disfrutamos mucho.

Cuando terminamos su libro sobre la primera línea ferroviaria transcontinental de Norteamérica, le sugerí hacer otro sobre los «días D» de la guerra del Pacífico. No es que fuera una idea muy original si se tiene en cuenta el enorme éxito de su obra sobre el día D de Normandía. «Hagámoslo», me contestó. Mientras estábamos desarrollando una nueva colección de historias originales, nuestro trabajo llegó a los oídos del amigo de mi progenitor, el director de cine Steven Spielberg, también interesado en crear una historia sobre la guerra del Pacífico. El quehacer en estrecha colaboración con este gran cineasta nos llevó a realizar un gran número de proyectos excitantes e inesperados, el más importante de ellos el documental *Price for Peace*. Mi pa-

dre y yo nos enorgullecíamos mucho de nuestra participación en esta película, dirigida por James Molí.

Cuando mi padre enfermó, decidió que no podía terminar el tomo sobre la guerra contra Japón. «Simplemente es demasiado grande», adujo. Me pidió que lo terminase yo. A su muerte, en el año 2002, no estaba seguro de cómo podría llevar a buen puerto semejante proyecto, hasta que recibí una llamada de Steven Spielberg a principios de 2003. Él y sus amigos Tom Hanks y Gary Goetzman habían decidido que la guerra del Pacífico debería ser contada de manera similar a cómo se había hecho la miniserie de HBO *Hermanos de sangre*. Tenía que ser una historia representativa de la experiencia en su totalidad, y debía enlazar las batallas más importantes. Steven (a través de su empresa DreamWorks) y Tom y Gary (a través de la suya, Playtone) habían contratado al guionista Bruce McKenna para desarrollar la historia de dicha contienda. A mí me contrataron para ayudar a Bruce, autor de algunos episodios de *Hermanos de sangre*, y a su equipo de guionistas en la tarea de encontrar historias para la miniserie. De nuevo, la suerte estaba de mi lado y enseguida acepté, agradecido. Nos hallábamos ante un gran reto. La guerra contra Japón era más compleja que la de Europa. Todas las ramas de los servicios militares de Estados Unidos desempeñaban papeles fundamentales en muchas batallas distintas, y en diferentes países. No iba a ser fácil encontrar un hilo argumental capaz de entrelazar un conjunto representativo de aquellos enfrentamientos.

Bruce ya había comenzado a documentarse y me habló de dos libros que le encantaban: *Diario de un marino*, de E. B. Sledge, y *Mi casco por almohada*, de Robert Leckie. Me pareció una buena señal. Había identificado dos de las más importantes crónicas de la guerra del Pacífico. No sólo se diferenciaban en lo referente al lugar y el momento en que los autores habían servido, sino que también eran muy diferentes desde el punto de vista de cómo los dos hom-

bres habían respondido a la experiencia. A petición suya, le puse en contacto con la familia Sledge. Ésta manifestó su interés por el proyecto y presentaron a Bruce al doctor Sidney Phillips. La siguiente vez que Bruce me llamó, estaba en éxtasis. Sidney Phillips había servido en la misma compañía que Robert Leckie y era uno de los mejores amigos de Eugene. Bruce había encontrado una manera de conectar la primera batalla de la guerra con la última. El doctor Phillips ya había escrito unas magníficas memorias de su vida militar tituladas *You'll Be Sorree! (¡Lo lamentarás!)*. La historia de John Basilone se añadió a la mezcla posteriormente, cuando dimos con el momento clave para relacionar a John Basilone con Phillips y Leckie. Aquella conexión permitió la inclusión en la miniserie de Manila John, un personaje único con unas experiencias importantes y muy distintas a las de los otros dos.

DreamWorks y Playtone llevaron su visión de la miniserie, que debía cubrir una amplia sección de la guerra, contemplada a través de los ojos de unos pocos hombres fascinantes, a HBO, el único lugar posible para hacerla realidad. Con HBO a bordo, todo quedó definido en lo que nos atañía a Bruce y a mí. Mientras los productores de la serie supervisaban el trabajo de Bruce y su equipo durante el desarrollo del guión, yo continué realizando la investigación original acerca de aquellos aspectos que iban a necesitar una explicación más extensa. Otras muchas historias fueron exploradas a lo largo de varios años en nuestro empeño por rastrearlo todo a fondo. Trabajar para los escritores y productores de *The Pacific* ha sido una fabulosa experiencia para mí. Su amor por los hombres y las mujeres que sirvieron a Estados Unidos de manera tan magnífica era evidente desde el primer momento. Fui parte de un proceso enorme y aprendí muchísimo de Steven, Tom, Gary y Bruce, así como de otras personas clave del proyecto, como Tony To y

Tim Van Patten, en lo concerniente al arte de narrar un argumento.

Finalmente, los productores eligieron las historias destinadas a formar parte de la miniserie. Entretanto, yo había empezado a interesarme por otros dos personajes, Austin *Shifty* Shofner y Vernon *Mike* Micheel. Aunque E. B. Sledge menciona a Austin Shofner en su libro, no me había llamado mucho la atención hasta que conocí al coronel Otto Melsa, otro veterano de guerra y un gran admirador de Shofner. Su entusiasmo me impulsó a profundizar más en el tema. También deseo dar las gracias a Arnold Olson, un veterano del *USS Enterprise* y uno de los fundadores de la página web www.cv6.org. Olson no me conocía de nada, pero tuvo la generosidad de facilitarme los datos de contacto de un gran número de fascinantes pilotos de la Armada, entre ellos Vernon *Mike* Micheel. Cuanto más aprendí sobre Mike y *Shifty*, más me convencía de que sus historias encajaban a la perfección con las otras y comenzó a cobrar forma la idea de escribir un libro como posible acompañamiento de la serie.

Como gran admirador del doctor Sidney Phillips, me sentí privilegiado al poder pasar un fin de semana con él (a los más afortunados nos invitó a tomar una cerveza y a fumar un puro con él). En un momento de la entrevista mencionó que su amigo John Wesley *Deacon* Tatum había llevado un diario de guerra. El señor Tatum me permitió usar su diario, un documento absolutamente increíble que nos permitió narrar la batalla de Guadalcanal desde un punto de vista mucho más íntimo. Para la historia sobre Basilone, su sobrina, Diane Hawkins, nos dio acceso completo a la colección de la familia, donde hay abundante material sobre su tío. Este tesoro de información inédita, junto con el recogido en la Sala de Lectura Basilone de la Biblioteca Pública de Raritan y el apoyo de los amigos de Basilone (Richard Greer, Clinton Watters, Chuck Tatum, Barbara Garner y otros), nos ayudó a encontrar al verdadero Basilone. Ha-

llamos las últimas piezas del puzle cuando visité los Archivos y Colecciones Especiales de la Universidad de Auburn. Dwayne Cox y su ayudante John Varner fueron tan generosos como eficientes. Los documentos de Eugene Sledge revelaron más datos sobre él y sobre la compañía King.

Al poder contar con todas estas piezas, tuve una nueva idea para este libro. En un principio había pensado llevarlo a cabo de manera similar a como mi padre había escrito *El día D*. Entrelazaría las historias de cientos de veteranos hasta crear una entidad orgánica completa. Había acumulado una colección de nuevas investigaciones lo bastante amplia como para hacer viable una obra de esas características. Con la maravillosa historia construida por los productores y escritores de *The Pacific* bien presente en mi cabeza, y equipado de información nueva, decidí realizar algo inusual. Utilizaría las conexiones existentes entre los veteranos para relacionar momentos clave de la guerra que no habían sido tratados en la miniserie. Por ejemplo, hubiera sido imposible ganar la contienda sin la flota de portaaviones y sus pilotos. También era importante hacerse una idea clara acerca del tipo de imperio que querían fundar las autoridades japonesas. Un libro está en condiciones de explorar un territorio mucho más amplio que una miniserie de diez horas, pero aun así no se puede esperar que el lector sea capaz de seguir un número ilimitado de hilos argumentales a través de este gran conflicto. En consecuencia, para poder añadir las batallas de Batán y Midway, necesitaba eliminar a uno de los personajes presentes en la miniserie. Fue una elección difícil. Al final decidí que no iba a poder añadir gran cosa al extraordinario relato de primera mano de Leckie, y que la pérdida de su voz, aunque desafortunada, permitiría mantener la eficacia de este ejemplar como herramienta auxiliar de la serie, así como abarcar un área más amplia de este océano de animosidad que llamamos la guerra del Pacífico. La visión del libro se describe con más detalle en la introducción reproducida a continuación. Me

gustaría dar las gracias a Steven Spielberg y a mis amigos de Playtone, y también a Kary Antholis y James Costos de HBO, por permitirme dar mayor profundidad a *The Pacific*.

Durante todos estos años de investigación, he contado con la amable ayuda de muchísima gente. Desafortunadamente, los límites de tiempo y espacio me impiden mencionarlos a todos aquí. Lo que sigue es la versión breve. Las familias de los cuatro hombres que ya habían fallecido cuando inicié mi trabajo (Basilone, Sledge, Leckie y Shofner) me han ayudado de manera inestimable. Tuve la fortuna de poder entrevistar en profundidad a Phillips y Micheel, y contar con la plena colaboración de los Shofner, en particular Stewart, Alyssa y William Wes Shofner. Me gustaría expresar mis agradecimientos a Vera Leckie, Joan Salvas y a los otros miembros de la familia de Robert Leckie. Todos se tomaron muchas molestias por ayudarnos a contar la historia de *Lucky Leckie* en la pequeña pantalla. La familia del doctor Eugene Sledge —la señora Jeanne Sledge y sus hijos, John y Henry— contribuyó amablemente en todo cuanto pudieron para ayudarnos a Bruce, a mí y al resto del equipo a comprender mejor cómo era. He disfrutado enormemente del tiempo pasado junto a todos ellos. Espero que la información que los veteranos y sus familias encuentren en las páginas siguientes justifique la fe depositada en mí.

La Asociación de la 1.^a División de Marines me dio la oportunidad de localizar a las personas que habían servido con los cinco individuos retratados en este libro; las entrevistas con estos hombres han marcado la diferencia. El Cuerpo de Marines de Estados Unidos, bien a través de su División de Historia, bien mediante su Oficina de Enlace con Producciones Cinematográficas y de Televisión, ha dado respuesta a muchas de mis extrañas preguntas. La BOMRT (Battle of Midway Roundtable, Mesa Redonda de la Batalla de Midway, una conversación en Internet entre los

veteranos de Midway), los historiadores especializados y los expertos en esta batalla, junto con cientos de aficionados, me han enseñado muchas cosas sobre este acontecimiento. La BOMRT continúa expandiendo nuestros conocimientos sobre este evento tan crucial con gran espíritu de colaboración. Para mí, representa la promesa de Internet hecha realidad.

También agradezco la ayuda de Judy Johnson, que encabeza el equipo de archiveros de la Tecnológica de Georgia; de Hill Goodspeed, historiador del Museo Nacional de la Aviación Armada y de mi buen amigo Tom Czekanski, del Museo Nacional de la Segunda Guerra Mundial.

Me gustaría dar las gracias al presidente y director ejecutivo del Museo Nacional de la Segunda Guerra Mundial, el doctor Gordon H. Nick Mueller, por permitirme continuar en el museo a tiempo parcial en estos últimos años. Me he beneficiado de una sinergia muy positiva con él.

Cuando me ha sido posible, he contratado a varias personas durante breves períodos de tiempo para ayudarme con algunas de las facetas más exigentes de la investigación: transcribir entrevistas, escanear documentos, etcétera. Me gustaría dar las gracias a: Julie Mitchell, Kirt García, Rob Lynn, Beth Crumley, Robert Carr, Kristin Paridon, Seth Paridon, Dustin Spence (que encontró a Barbara Garner), David Zeiler, Lacey Middlestead, Jonathan Wlasiuk, Warren Howell y Kevin Morrow. Dick Beilen, del Servicio de Localización de los Estados Unidos, aportó las copias de los documentos militares que necesitaba y además es muy fácil trabajar con él. También quiero agradecerle a mi equipo de expertos: el abogado Mike McMahon, el contable Mike Lopach y el agente Brian Lipson, que estuvieran a mi lado durante tantos años difíciles.

El equipo de Penguin/NAL comprendió inmediatamente mi visión del libro y la apoyaron con entusiasmo. En particular, doy gracias a Natalee Rosenstein y Michelle Vega por

haber hecho todo lo posible para que el proyecto saliera adelante.

Un buen número de amigos y conocidos me han ayudado de muchas maneras diferentes durante el largo proceso de redacción de este libro. Me gustaría agradecerle a James Moll sus sabios consejos; a Kristie Macosko todos los favores que me ha hecho; a mi tutor de carrera, el doctor Michael Mayer de la Universidad de Montana, que ha sido un profesor y mentor muy importante para mí (su revisión de la primera mitad del manuscrito fue importantísima). Me gustaría dar las gracias, por compartir sus conocimientos conmigo, a los siguientes historiadores: coronel Joseph Alexander, coronel Jon T. Hoffman, doctor Donald Miller, Augustine Meaher IV, Alf Batchelder, Eric Hammel, doctor Allan Millett y Barrett Tillman. Deseo agradecer a Barry Zerby, de los Archivos Nacionales, y a John Heldt, bibliotecario de referencia de la Biblioteca del municipio de Lewis and Clark, por allanar el camino hacia el hallazgo de los documentos. Mi amigo Martin K. A. Morgan, un brillante historiador militar, me ha ayudado de muchas maneras, entre otras cosas con el diseño de los pequeños mapas insertados en el texto. Mis amigos John Schuttler y Kate Cholewa leyeron un primer borrador de la primera sección; sus consejos y ánimo fueron muy apreciados. John también investigó un poco para mí. Lou Reda, de Lou Reda Productions, ayudado por Greg Miller, me proporcionó transcripciones de entrevistas con Eugene Sledge. Los voluntarios del Museo Nacional de la Segunda Guerra Mundial me avisaban cada vez que un veterano de Iwo Jima entraba por la puerta. John Innes, apodado *Nuestro hombre en Honiara* por Bruce McKenna, me ha guiado en dos oportunidades por los campos de batalla de Guadalcanal; se los conoce como la palma de la mano. Tangie Hesus me ha llevado dos veces a dar la vuelta a Peleliu. Chris Majewski es la «rata de túneles» por excelencia y me ha llevado en dos ocasiones en coche alrededor de Okinawa. También debo dar las gra-

cias al comandante Jack Hanzlik, de la Armada de Estados Unidos, que consiguió que Bruce y yo pudiéramos subir a bordo del *USS Ronald Reagan*, pasar una velada con su estupenda tripulación y ser catapultados desde su pista de vuelo al día siguiente. Vaya.

La experiencia de reconstruir el trazado de las batallas y la investigación llevada a cabo han dejado una huella imborrable en todos cuantos formamos parte del proceso. La guerra contra Japón, aunque constituía una parte de la Segunda Guerra Mundial, fue distinta de la librada contra Alemania. La victoria norteamericana cambió el mundo. Posibilitó el avance de la civilización humana. Quienes ganaron la guerra del Pacífico tuvieron que pagar un precio muy alto. Ese sacrificio nos conmovió una y otra vez. Estamos agradecidos a todos los hombres y mujeres que lo pagaron. Queríamos homenajearles con una presentación de su historia tan amplia como fuera posible, escrita de la manera más honesta posible.

Mi madre, Moira Buckley Ambrose, leyó el primer borrador de la primera sección de este trabajo. Sus ánimos y sugerencias lo significaron todo para mí; éste habría sido un libro mejor si ella hubiera vivido para leer el borrador completo. Guardo muy cerca mis recuerdos sobre ella. Que descanse en paz con su querido esposo, Steve.

Termino estos agradecimientos con la persona más importante de todas, Andrea Ambrose. Mi bella y talentosa mujer es mi compañera en todo. Hicimos juntos el largo viaje que llamamos *The Pacific*. Soy un tipo afortunado.